

Más y menos que “un hombre solo”. Más y menos que “el hombre nuevo”. La integración de América Latina y el Che Guevara

La consideración de la figura del Che Guevara como el héroe de la revolución e integración latinoamericanas ha sido una constante. Y Uruguay no es la excepción. Poco después de la noticia de la muerte del Che Guevara, desde el semanario *Marcha* su director Carlos Quijano, ya reconocido antiimperialista y latinoamericanista, mencionaba las posibilidades de integración económica en América Latina. Allí afirmó que la integración era veraz en un marco socialista y no capitalista, en una “larga marcha” que haría de América Latina una integrada y libre. Su escrito fue un homenaje al Che con motivo de su muerte y también un análisis coyuntural previo a las elecciones en Uruguay, en un marco de creciente autoritarismo. Uruguay no debía ingresar en la escalada revolucionaria, incluso en pos de la integración –había hablado de que los tiempos “no estaban maduros”- pero tampoco debía abandonarse al conformismo de acuerdos económicos que, según sus conocidos análisis, perjudicaban al país. El artículo se llamó “La larga marcha de América Latina”, y en su título citaba otra “larga marcha”: la retirada del ejército rojo chino en los años treinta. A pesar de esa “larga marcha”, Quijano ya había insistido en otros artículos, como en “La nostalgia de la Patria Grande” de octubre del 66, en la heroicidad de una integración que no fuera la pacífica que proponía por ejemplo la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), o las opciones de integración económica manejadas por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), porque a sus ojos eran mojonos del imperialismo.

Ese mismo año, Alberto Methol Ferré publicó el ensayo *El Uruguay como problema*. Quien fue un intelectual del ruralismo, se autodenominaba de la izquierda nacional y batallaba desde su catolicismo, discutió lo que consideraba el “mito salvador” de la revolución con el que operaba Quijano para pensar las integraciones económicas: ya como “nostalgia”, ya como “larga marcha”. Consideraba que la revolución como mito desconocía las realidades de las integraciones posibles para América Latina. El intercambio polémico siguió con el artículo “Morir oriental” del año siguiente, donde Quijano aseguró la capacidad de la revolución de transformar el mundo, a la vez que era cauteloso de los tiempos y de los espacios. No olvidaba así la importancia que para él tenían las luchas por la liberación nacional, como la de Vietnam; Methol Ferré en su respuesta titulada “Vivir oriental” lo titeó diciéndole, entre otras cosas, que tuviera “más recato con la muerte”. Entre 1967 y 1968 pesaba la ejecución del Che en La Higuera.

Ambos habían ya cuestionado la violencia revolucionaria; aunque, sobre todo Quijano, la comprendían en el marco de las luchas por la liberación nacional. Para Methol, el foquismo guevarista -como afirmó en artículo controversial de 1967- era finalmente una trampa que además desconocía las especificidades de cada región. Quijano insistió más de una vez en la importancia de la democracia uruguaya frente a las consecuencias de la violencia política. Que, como ha mostrado Greg Grandin, debe ser tomada en cuenta en el escenario de la Guerra Fría y de violencia contrarrevolucionaria.

La polémica fue sobre el alcance de la integración latinoamericana, entre modelos de integración económica y política, la diferencia entre los países de América Latina, y en especial sobre el temor o no a los llamados en ese entonces “subimperialismos”, como el de

Brasil y Argentina bajo las dictaduras iniciadas en 1966 y 1964 respectivamente. Quijano en este último punto era inflexible: no podía negociarse con dictaduras.

Ninguno de los dos podía desconocer las palabras del Che en 1961 en la Conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES) en Punta del Este, desde donde se concretó el proyecto formulado meses antes por JF Kennedy que se llamaría “Alianza para el Progreso”. El Che había criticado las opciones de integración económica que no contemplaran a la socialista Cuba. Citó al poeta y revolucionario cubano José Martí, y afirmó que “Quien dice unión económica dice unión política. El pueblo que compra, manda; el pueblo que vende, sirve”, aclaraba así que “todas las conferencias económicas son políticas”. También conocían el ímpetu con el que Guevara confiaba en una revolución que expandiese sus fronteras por América Latina y esta como parte del Tercer Mundo.

Como sabemos, el Che se convirtió aún más después de muerto en una de las banderas de la integración latinoamericana, antiimperialista y que guardase respeto por la soberanía de las patrias chicas. En el caso uruguayo también fue comparado con José Artigas, como si la heroicidad de ambos los hiciera idénticos. Quijano los emparentó una vez llamándolos “hombres solos”, y así repitió una imagen propia de la simbología de los héroes.

Muy diferentes aproximaciones desde la política y la cultura han tenido al Che como protagonista, donde el ejemplo uruguayo es uno entre muchos. En los últimos años, y en función de diversas coyunturas, distintos trabajos revisaron quién era ese personaje *antes* de ser el Che. O, también, se han ocupado en describir las imágenes y el santuario sobre el Che para pensarlas como tradiciones selectivas: disputas concretas por la hegemonía en el presente, en torno de las elecciones de momentos, personajes, proyectos y palabras considerados *clave* del pasado.

En estos últimos acercamientos, se ha preguntado por la materialidad del mito, sus claroscuros, las disputas y debates sobre el alcance de su figura, y sobre todo, por su presencia: el insistente rezo del “hombre nuevo”. (En 1965, la carta del Che a Quijano titulada “El socialismo y el hombre en Cuba” fue publicada en *Marcha*.) Lo que muestran esos trabajos es que, en definitiva, podría haber sido de otro modo: Ernesto Guevara de la Serna podría no haber sido el Che y si lo fue, pudo serlo en el marco de, como analizó Claudia Gilman, una época. En un repaso por los escritos de sus viajes por el subcontinente, como muestran los trabajos sobre los viajes del Che del libro compilado por Paulo Drinot, Ernesto Guevara de la Serna hizo afirmaciones sobre las sociedades que visitó que van de la admiración al más corriente de los sentidos comunes, pasando por aprendizajes variados. Fue construyendo esa América Latina unida y socialista y rearmó sus sentidos al calor de la lucha revolucionaria y de su gestión como funcionario del gobierno cubano: su América Latina integrada también fue parte de una elección política, del *qué hacer* político.

Vale la pena revisar la potencia de considerarlo también el mito de algo que no es el héroe puro de una revolución impura, ya no un Cristo para armar, un “hombre solo”. En otras palabras, dudar del mito del Che cuando es sólo tenido en cuenta como la abstracción de un concreto, que finalmente difumina los hechos y sus historias. Pero, a la vez, se trata de no anular la capacidad que tienen los mitos de hacer mover a la Historia: Che Guevara, América Latina, integración.

La elección del Che por lo que no es, por ejemplo: esas otras que, aunque expuestos sus nombres en el Museo de la Revolución en la Habana, no siempre están presentes al hablar de la revolución y de la unión latinoamericana (o lo están como excepción, que de tan particulares se vuelven *rara avis*). En otras palabras: la ordalía sacrificial ha tenido una marca de género furiosa en la que la capacidad heroica es masculina. Discutamos esa cualidad del heroísmo por otras caracterizaciones que, sin menospreciar la singularidad, capturen el alma colectiva de las luchas.

Elegir al Che por lo que es, he aquí la cuestión: las preguntas y los desacuerdos sobre el lugar o los lugares de Latinoamérica. En otras palabras, pensar las inteligencias colectivas y las amistades políticas en el reino de este mundo.

Ximena Espeche